

Prólogo

*Sierra de Ollero,
12 de julio de 1992,
10.50 h*

No había niebla ni oscuridad. El sol lucía en lo alto con la eterna belleza de un dios griego y el mundo era verde y estaba repleto de la fragancia de pinos y flores, el canto de cigarras y abejas y el tranquilo resonar del arroyo. Nada podía inquietar en esa naturaleza plena de vida y luz, pensaba el hombre, aunque, sin saber muy bien por qué, tal pensamiento le resultaba inquietante. Quizá era el contraste entre lo que veía y lo que sabía que podía suceder, las mil formas en que el azar (o algo peor) podía torcer las sensaciones más felices. No es que el hombre fuera pesimista, pero ya tenía cierta edad, y las experiencias que había acumulado le hacían sospechar de cualquier situación con apariencia de paraíso.

El hombre caminaba junto al arroyo. De vez en cuando se detenía a mirar a su alrededor como si evaluara el lugar, pero luego proseguía la marcha. Al fin llegó a un sitio que pareció gustarle: unos cuantos árboles otorgaban la sombra justa y un ligero frescor mermaba la calima. Más allá, el sendero se elevaba sobre los márgenes rocosos del riachuelo y acababa en un

montículo de piedras, por lo que el hombre pensó que podría contar con la oportuna soledad, casi como si se hallara a resguardo en una especie de refugio. Un pedrusco plano le serviría de asiento. Echaría el anzuelo y se dedicaría a gozar de la espera, la paz del campo y los destellos del agua. No conocía nada más relajante que eso. Se agachó y dejó en el suelo la cesta con los cebos y la caña de pescar.

Oyó las voces al incorporarse.

Debido al suave silencio que las había precedido le causaron al principio cierto sobresalto. Procedían de un lugar del montículo que aún era inaccesible para sus ojos, y a juzgar por su tono agudo parecía tratarse de unos niños. Gritaban cosas, sin duda estaban jugando. El hombre supuso que vivirían en una de las casas que rodeaban la sierra. Aunque le incomodó un poco la presencia de otras personas, se consoló pensando que, a fin de cuentas, unos niños que jugaban eran el mejor contrapunto para un día tan perfecto. Se quitó la gorra deportiva y se secó el sudor mientras sonreía. Pero de repente quedó inmóvil.

No se trataba de un juego. Algo marchaba mal.

Uno de los niños estaba gritando de forma extraña. Las palabras se confundían en el aire quieto y el hombre no podía distinguirlas, pero era obvio que quien las profería no se sentía feliz. El niño que gritaba de esa manera tenía graves problemas.

De pronto todas las voces callaron, incluso el canto de pájaros e insectos, como si el mundo tomara aliento antes de que algo especial se produjera.

Un instante después se oyó otro grito muy distinto. Un alarido que atravesó el cielo haciendo trizas la limpia porcelana del aire azul.

De pie junto al arroyo, el hombre pensó que aquella veraniega mañana de domingo de 1992 ya no iba a ser como él es-

peraba. Las cosas habían cambiado, quizá solo un poco, pero de manera definitiva.

*Milán,
10 de marzo de 2015,
9.05 h*

Casi inconcebible en medio del doméstico silencio, el grito perduró un instante más después de extinguirse, como un rescaldo de sonido, en los oídos de la señora Portinari. Tras una brevísima pausa se repitió, y solo entonces la señora Portinari fue capaz de reaccionar. Se quitó las gafas de lectura, atadas a una cadenilla de perlas, y las dejó colgar sobre el pecho.

—¿Qué es eso? —dijo en voz alta, pese a que a esas horas de la mañana (9:05 señalaba el reloj digital de la estantería, regalo del banco donde domiciliaba su pensión) aún no había venido la chica ecuatoriana que hacía el trabajo doméstico y se encontraba a solas en su casa. Pero desde la muerte de su esposo cuatro años antes, la señora Portinari conversaba mucho con la soledad—. ¡Dios del cielo! ¿Qué...?

El grito volvió a repetirse con más fuerza. A la señora Portinari la situación le recordó un incendio en su antiguo piso del centro de Milán, que quince años antes había estado a punto de costarles la vida a su marido y a ella. Ahora, ya viuda, había decidido mudarse a aquel apartamento de Via Giardelli, cerca de la universidad. Era más pequeño, pero más tranquilo y apropiado para una mujer mayor. Le gustaba vivir allí porque en aquella urbanización nunca sucedía nada malo.

Hasta entonces.

Corrió hacia la puerta todo lo veloz que le permitieron sus articulaciones estropeadas.

—¡Virgen Santa! —murmuraba apretando algo en la mano; luego comprobó que era el bolígrafo con el que había estado anotando las cosas que hacía falta comprar cada semana, pero en ese momento lo aferraba como si se tratase de un crucifijo.

En el rellano había varios vecinos. Todos miraban hacia arriba.

—¡Es en casa de Marini! —exclamó el señor Genovese, su vecino de enfrente, un joven diseñador gráfico que habría caído mucho mejor a la señora Portinari de no ser por sus evidentes tendencias homosexuales.

—¡El *professore!* —oyó desde otro piso.

El professore, pensó. ¿Qué le habría pasado a ese pobre hombre? ¿Y quién daba esos alaridos espantosos? Indudablemente era la voz de una mujer. Pero, fuera quien fuese, la señora Portinari estaba segura de no haber oído nunca gritos como aquéllos, ni siquiera durante el horrible episodio del incendio.

Entonces se escuchó un repiqueteo de pasos, el sonido de alguien que bajaba a toda prisa la escalera. Ni el señor Genovese ni ella reaccionaron al pronto. Se quedaron mirando atónitos el rellano, como unidos en una misma edad por la palidez y el espanto. Con el corazón en un puño, la señora Portinari se preparó para cualquier cosa: que se tratara del criminal o de la víctima. De forma intuitiva concluyó que no podía haber nada peor que escuchar aquellos aullidos de alma torturada formando trenzas de ecos sin poder ver quién los producía.

Pero cuando contempló al fin el rostro de quien gritaba supo, con absoluta certeza, que estaba equivocada.

Había algo mucho peor que los gritos.

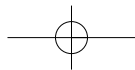
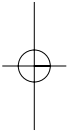
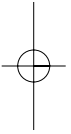


I

LA LLAMADA

Cuando el peligro nos parece leve, deja de ser leve.

Francis Bacon



1

*Madrid,
11 de marzo de 2015,
11.12 h*

Exactamente seis minutos y trece segundos antes de que su vida diera un horrible y definitivo vuelco, Elisa Robledo estaba haciendo algo banal: impartía a quince alumnos de segundo curso de ingeniería una clase optativa sobre las modernas teorías de la física. En modo alguno sospechaba lo que estaba a punto de ocurrirle, porque, a diferencia de tantos estudiantes y no pocos profesores, para quienes aquellos recintos podían llegar a resultar temibles, Elisa se sentía más tranquila en un aula que en su propia casa. Le había ocurrido así en el anticuado colegio en el que había hecho el bachillerato y en la desnuda clase de facultad de la carrera. Ahora trabajaba en las modernas y luminosas instalaciones de la Escuela Superior de Ingeniería de la Universidad Alighieri en Madrid, un centro privado de lujo cuyas aulas contaban con amplios ventanales, hermosas vistas del campus, espléndida acústica y olor a maderas nobles. Elisa hubiese podido quedarse a vivir en un sitio como aquél. De forma inconsciente suponía que nada malo podía ocurrirle en un lugar así.

Se equivocaba por completo, y le quedaban poco más de seis minutos para comprobarlo.

Elisa era una profesora brillante rodeada de cierta aureola. En las universidades existen profesores y alumnos sobre los cuales se tejen leyendas, y la enigmática figura de Elisa Robledo había dado pie a un misterio que todos deseaban descifrar.

En cierto modo, el nacimiento del «misterio Elisa» era obligado: se trataba de una mujer joven y solitaria, de largo y ondulado pelo negro, con un rostro y un cuerpo que no hubiesen desentonado en la portada de ninguna revista de belleza, pero al mismo tiempo poseedora de una mente analítica y una prodigiosa capacidad para el cálculo y la abstracción, cualidades tan necesarias en el frío mundo de la física teórica, donde gobiernan los príncipes de la ciencia. A los físicos teóricos se los miraba con respeto, y hasta con reverencia. Desde Einstein a Stephen Hawking, los físicos teóricos eran la imagen aceptada y bendecida de la física para el vulgo. Aunque los temas a los que se dedicaban eran abstrusos y poco menos que ininteligibles para la gran mayoría, causaban mucha sensación. La gente solía considerarlos el prototipo del genio frío y huraño.

Sin embargo, no había ninguna frialdad a este respecto en Elisa Robledo: en ella todo era pasión por enseñar, y eso cautivaba a sus alumnos. Por si fuera poco, era una excelente profesional y una colega amable y solidaria, siempre dispuesta a ayudar a un compañero en apuros. En apariencia, no había nada extraño en ella.

Y eso era lo más extraño.

La opinión general era que Elisa resultaba demasiado perfecta. Demasiado inteligente y valiosa, por ejemplo, para trabajar en un insignificante departamento de física cuya asignatura era considerada prescindible para el alumnado empresarial de Alighieri. Sus compañeros estaban seguros de que habría podido conse-

guir cualquier otra cosa: una plaza en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, una cátedra en una universidad pública o un puesto de importancia en algún centro prestigioso del extranjero. En Alighieri, Elisa parecía desperdiciada. Por otra parte, ninguna teoría (y los físicos son muy dados a ellas) lograba explicar satisfactoriamente el hecho de que a sus treinta y dos años de edad, casi treinta y tres (los cumpliría al mes siguiente, en abril), Elisa siguiera sola, sin grandes amigos, en apariencia feliz, como si hubiese obtenido lo que más deseaba en la vida. No se le conocían novios (tampoco novias) y sus amistades se limitaban a sus compañeros de trabajo, pero nunca compartía con ellos su ocio. No era presuntuosa, ni siquiera presumida, a pesar de su poderoso atractivo, que solía incrementar con una curiosa gama de prendas de diseño ceñidas que le otorgaban una imagen bastante provocativa. Pero en ella aquellos atuendos no parecían destinados a llamar la atención o atraer a la legión de hombres que se volvían a su paso. Solo hablaba de su profesión, era cortés y siempre sonreía. El «misterio Elisa» resultaba insondable.

En ocasiones, algo en ella causaba inquietud. No era nada concreto: quizá una forma de mirar, una luz perdida al fondo de sus pupilas castañas o el poso de sensaciones que dejaba en su interlocutor tras un breve intercambio de palabras. Era como si ocultara un secreto. Los que más la conocían —su colega el profesor Víctor Lopera; Noriega, el jefe del departamento— pensaban que quizá era preferible que Elisa nunca revelara aquel secreto. Hay personas que quizá no hayan representado nada en nuestra vida y de las que podemos albergar tan solo un par de recuerdos sin importancia, pero que, por una u otra razón, resultan inolvidables: Elisa Robledo era una de ellas, y todos deseaban que continuara siéndolo.

Una notoria excepción era Víctor Lopera, también profesor de física teórica en Alighieri y uno de los escasos verdade-

ros amigos de Elisa, que a veces se veía asaltado por la *urgente* necesidad de desentrañar su misterio. Víctor había experimentado varias tentaciones al respecto, la última el año anterior, en abril de 2014, cuando el departamento decidió dar a Elisa una fiesta sorpresa por su cumpleaños.

La idea había partido de Teresa, la secretaria de Noriega, pero todos los miembros del departamento se apuntaron, incluso algunos alumnos. Pasaron casi un mes preparándola, entusiasmados, como si la consideraran la manera idónea de penetrar en el círculo mágico de Elisa y tocar su evanescente superficie. Compraron velitas con el número treinta y dos, tarta, globos, un gran oso de peluche y algunas botellas de cava que aportó generosamente el jefe. Se encerraron en la sala de profesores, la decoraron con rapidez, corrieron las cortinas y apagaron la luz. Cuando Elisa llegó a la facultad, un oportuno conserje le indicó que había «reunión urgente». Los demás aguardaban en la oscuridad. Se abrió la puerta y la silueta de Elisa, titubeante, quedó dibujada en el umbral con su rebeca corta, su pantalón ceñido y su largo pelo negro. Entonces estallaron los aplausos y risas y se encendieron las luces mientras Rafa, uno de sus «aventajados alumnos», grababa el desconcierto de la joven profesora con una de esas cámaras de vídeo de última generación, apenas mayor que sus propios ojos.

La fiesta, por lo demás, fue breve y no sirvió ni mucho menos para penetrar en el «misterio Elisa»: hubo palabras emocionadas de Noriega, se oyeron las canciones usuales y Teresa agitó frente a la cámara una jocosa pancarta pintada por su hermano, que era dibujante, con las caricaturas de Isaac Newton, Albert Einstein, Stephen Hawking y Elisa Robledo compartiendo trozos del mismo pastel. Todo el mundo tuvo oportunidad de mostrar a Elisa su cariño y hacerle saber que la admitían de buen grado sin pedirle nada a cambio, salvo que

continuara siendo el tentador misterio al que ya se habían acostumbrado. Elisa estuvo, como siempre, perfecta: con el grado justo de asombro y felicidad pintado en el rostro, hasta con cierta dosis de emoción ribeteando sus ojos. Contemplada en la grabación, con su espléndida forma física dibujada por la rebeca y el pantalón, habría podido pasar por una alumna más, o quizá la madrina de honor de algún gran acontecimiento..., o una estrella del porno con su primer Oscar en la mano, como susurraba Rafa a sus amigos en el campus: «Einstein y Marilyn Monroe por fin unidos en una sola persona», decía.

Sin embargo, un observador atento habría percibido en aquella grabación algo que no encajaba: el rostro de Elisa al principio, en el momento en que se encendieron las luces, era otro.

Nadie se fijó bien en este detalle porque, a fin de cuentas, a nadie le interesaba profundizar en las imágenes de un cumpleaños ajeno. Pero Víctor Lopera había sido capaz de percatarse del fugaz aunque importante cambio: cuando la habitación se iluminó, las facciones de Elisa no mostraban el aturdimiento propio de la persona sorprendida sino una emoción más compleja y violenta. Por supuesto, todo terminó en cuestión de décimas de segundo, y Elisa volvió a sonreír y a ser perfecta. Pero durante aquel mínimo lapso su belleza se había disuelto en otra clase de expresión. Los que vieron la grabación, salvo Lopera, se reían del «gran susto» que se había llevado. Lopera notó algo más. ¿Qué? No estaba seguro. Quizá desagrado ante lo que su amiga había considerado una broma sin gracia, o la irrupción de una timidez extrema, u otra cosa.

Quizá miedo.

Víctor, hombre inteligente y observador, fue el único que se preguntó qué era lo que había esperado encontrar Elisa en aquella habitación a oscuras. Qué clase de «gran susto» había pensado que le aguardaba en un principio, antes de que las lu-

ces se encendieran y se oyeran las risas y palmadas, en aquel lugar en sombras, aquella remota, bellísima, perfecta profesora Robledo. Hubiese dado cualquier cosa por saberlo.

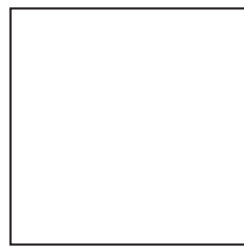
Lo que estaba a punto de ocurrirle a Elisa aquella mañana en la clase, lo que iba a sucederle en apenas seis minutos en aquel recinto pacífico y clausurado, hubiese podido aportar más pistas a la curiosidad de Víctor Lopera, pero por desgracia éste no se hallaba presente.

Elisa se esforzaba en poner ejemplos que resultaran atractivos para las insulsas mentes de los hijos de buenas familias que constituían su alumnado. Ninguno de ellos se especializaría en física teórica, y ella lo sabía. Lo que querían era pasar a toda prisa por encima de los conceptos abstractos para aprobar las asignaturas y salir pitando con un título bajo el brazo que les permitiese acceder a los privilegiados puestos de la industria y la tecnología. Los porqués y los cómo, que habían constituido los enigmas básicos de la ciencia desde que el cerebro humano la inaugurara sobre la Tierra, les traían sin cuidado: querían resultados, efectos, dificultades a las que enfrentarse para obtener puntuación. Elisa intentaba modificar todo eso enseñándoles a pensar en las causas, en las incógnitas.

En aquel momento trataba de que sus alumnos visualizaran el extraordinario fenómeno de que la realidad posee más de tres dimensiones, quizá muchas más que el «largo-ancho-alto» observable a simple vista. La relatividad general de Einstein había demostrado que el tiempo es una cuarta dimensión, y la compleja «teoría de cuerdas», cuyas derivaciones constituían un reto para la física actual, afirmaba que existían al menos *nueve* dimensiones espaciales más, algo inconcebible para la mente humana.

En ocasiones, Elisa se preguntaba si la gente tenía la más ligera idea de todo lo que la física había descubierto. En pleno siglo xxi, en la así llamada «era de Acuario», al público general seguía interesándole los sucesos «sobrenaturales» o «paranormales», como si lo «natural» y lo «normal» fueran procesos ya conocidos, poco o nada misteriosos. Pero no hacía falta ver platillos volantes o fantasmas para comprobar que vivimos en un mundo sumamente perturbador, inabarcable incluso para la imaginación más desbocada, opinaba Elisa. Se había propuesto demostrárselo, al menos, a los quince alumnos de aquella modesta clase.

Comenzó con un ejemplo fácil y divertido. Depositó sobre el proyector una transparencia en la que había dibujado un esbozo de figura humana y un cuadrado.

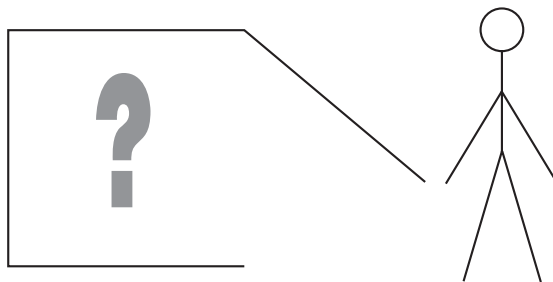


—Este señor —explicó, señalando con el índice la figura— vive en un mundo de solo dos dimensiones, largo y ancho. Ha trabajado muy duro durante toda su vida y ha ganado una fortuna: un euro... —Oyó algunas risas y supo que había logrado captar la atención de varios de aquellos quince pares de ojos aburridos—. Para que nadie se lo robe, decide guardarlo en el banco más seguro que existe en su mundo: un cuadrado. Este cuadrado tiene una sola abertura en un lado, por la cual nuestro amigo introduce el euro, pero nadie más, salvo él, podrá abrirla de nuevo.

Con un gesto rápido, Elisa sacó del bolsillo de sus vaqueros la moneda de un euro, que ya tenía preparada, y la depositó sobre el cuadrado de la transparencia.



—Nuestro amigo se siente tranquilo con sus ahorros guardados en ese banco: nadie, absolutamente nadie, puede penetrar por ningún lado del cuadrado... Es decir, nadie de su mundo. Pero yo puedo robarlo con facilidad a través de una tercera dimensión, imperceptible para los habitantes de ese universo plano: la *altura*. —Mientras hablaba, Elisa quitó la moneda y sustituyó la transparencia por otra que mostraba otro dibujo—. Os podéis imaginar lo que sucede con el pobre hombre cuando abre el cuadrado y comprueba que sus ahorros han desaparecido... ¿Cómo han podido robarle, si el cuadrado estuvo *cerrado* todo el tiempo?



—Qué mala leche —murmuró un joven desde la primera fila, de pelo cortado a cepillo y gafas de colores, provocando risas. A Elisa no le importaban aquellas risas ni la aparente falta de concentración: sabía que se trataba de un ejemplo muy simple, irrisorio para estudiantes de alto nivel, pero deseaba precisamente eso. Quería abrir todo lo posible la puerta de entrada, porque sabía que luego solo unos pocos alcanzarían la salida. Extinguió las risas hablando en otro tono, mucho más suave.

—Igual que este señor no puede siquiera imaginar cómo han robado su dinero, nosotros tampoco concebimos la existencia de más de tres dimensiones a nuestro alrededor. Ahora bien —añadió, acentuando cada palabra—, este ejemplo muestra de qué manera esas dimensiones pueden afectarnos, incluso provocar acontecimientos que no dudáramos en calificar de «sobrenaturales»... —Los comentarios ahogaron sus palabras. Elisa sabía qué les ocurría. *Creen que estoy adornando la clase con toques de cienciaaficción. Son alumnos de física, saben que les estoy hablando de la realidad, pero no pueden creerlo.* Entre el bosque de brazos alzados escogió uno—. ¿Sí, Yolanda?

La que levantaba la mano era una de las pocas alumnas que tenía en una clase donde predominaba el género masculino, una chica de largo pelo rubio y grandes ojos. A Elisa le agradó que fuese la primera en intervenir seriamente.

—Pero ese ejemplo tiene truco —dijo Yolanda—: la moneda es tridimensional, posee cierta altura, aunque muy pequeña. Si hubiese estado dibujada en el papel, como debería haber estado, no habrías podido robarla.

Se levantó una oleada de murmullos. Elisa, que ya tenía preparada una respuesta, fingió cierta sorpresa para no defraudar la indudable agudeza de la estudiante.

—Una buena observación, Yolanda. Y totalmente cierta. La ciencia se hace con observaciones así: aparentemente sencillas

pero muy sutiles. No obstante, si la moneda hubiese estado dibujada en el papel, igual que el hombre y el cuadrado... yo habría podido borrarla. —Las risas le impidieron proseguir durante unos segundos: exactamente cinco.

Sin que ella lo supiera, ya solo quedaban doce segundos para que toda su vida saltara por los aires.

El gran reloj de la pared opuesta a la pizarra marcaba imparable aquel último tiempo. Elisa lo contempló indiferente, sin sospechar que la larga manecilla que barría el círculo horario había iniciado la cuenta atrás para destruir para siempre su presente y su futuro.

Para siempre. Irrevocablemente.

—Lo que quiero que entendáis —continuó, moderando las risas con un gesto, ajena a nada que no fuera la sintonía que había establecido con sus alumnos— es que las diferentes dimensiones pueden afectarse entre sí, no importa cómo. Os pondré otro ejemplo.

Había pensado en un principio, mientras preparaba la clase, que el siguiente símil lo dibujaría en la pizarra. Pero entonces vio el periódico plegado sobre la mesa de la tarima. Cuando tenía clase, compraba el periódico en el quiosco que había a la entrada de la facultad y lo leía al terminar, en la cafetería. Se le ocurrió que quizá los alumnos comprenderían mejor el nuevo ejemplo, bastante más difícil, si usaba un objeto.

Abrió el periódico por una página central al azar y lo alisó.

—Imaginaos que esta hoja es un plano en el espacio...

Bajó la vista para separar la hoja de las restantes sin dañar el diario.

Y lo vio.

El horror es muy rápido. Somos capaces de horrorizarnos incluso antes de tener conciencia de ello. No sabemos aún por qué, y ya nuestras manos tiemblan, nuestro semblante palide-

ce o nuestro estómago se encoge como un globo desinflado. La mirada de Elisa se había posado en uno de los titulares del ángulo superior derecho de la hoja y, antes incluso de entender del todo lo que significaba, una brutal descarga de adrenalina la paralizó.

Leyó lo más básico de la noticia en cuestión de segundos. Pero fueron segundos eternos durante los cuales apenas si fue consciente de que sus alumnos habían enmudecido esperando a que continuara, y ya empezaban a percibir que algo extraño sucedía: había codazos, carraspeos, cabezas que se volvían para interrogar a los compañeros...

Una nueva Elisa levantó los ojos y se enfrentó a la expectación silenciosa que había provocado.

—Eh... Imaginaos que doblo el plano por este punto —prosiguió sin temblar, con la voz átona de un piloto automático.

No supo cómo, pero siguió explicando. Escribió ecuaciones en el encerado, las desarrolló sin errores, hizo preguntas y puso otros ejemplos. Fue una hazaña íntima y sobrehumana que nadie pareció percibir. ¿O sí? Se preguntaba si la atenta Yolanda, que la escrutaba desde la primera fila, habría captado un resto del pánico que la sobrecogía.

—Lo dejaremos aquí —dijo cuando quedaban cinco minutos para el final de la clase. Y añadió, estremeciéndose ante la ironía de sus palabras—: Os advierto que a partir de ahora todo se hará más complicado.

Su despacho quedaba al final del pasillo. Por fortuna, los demás compañeros estaban ocupados y no encontró a nadie durante el trayecto. Entró, cerró con llave, se sentó tras el escritorio, abrió el periódico y casi arrancó la página mientras se entregaba a leer con el ansia de quien revisa un listado de falle-

cidos esperando no encontrar a un ser querido, pero sabiendo que al fin aparecerá, inevitablemente, el nombre exacto, reconocible, como subrayado en otro color.

La noticia apenas ofrecía datos, solo la fecha probable del suceso: aunque el hallazgo se había producido al día siguiente, todo parecía haber ocurrido durante la noche del lunes 9 de marzo de 2015. *Anteayer.*

Sintió que le faltaba el aire.

En ese instante la claridad del vidrio esmerilado de la puerta se convirtió en una sombra.

Aun sabiendo que su origen debía de ser trivial (un conserje, un compañero), Elisa se levantó de la silla, incapaz siquiera de proferir una palabra.

Ahora viene a por ti.

La sombra permaneció inmóvil frente al cristal. Se escuchó un ruido en la cerradura.

Elisa no era una mujer cobarde, todo lo contrario, pero en aquel momento la sonrisa de un niño habría podido horrorizarla. Notó una superficie fría en contacto con su espalda y su trasero, y solo entonces fue consciente de que había estado retrocediendo hasta la pared. Largos y húmedos cabellos negros ocultaban a medias su rostro sudoroso.

La puerta se abrió al fin.

Algunos sustos son como muertes sin perfilar, bosquejos de muertes que nos despojan momentáneamente de la voz, la mirada, las funciones vitales, durante los cuales no respiramos, no podemos pensar, nuestro corazón no late. Aquél fue uno de esos terribles momentos para Elisa. El hombre, al verla, dio un respingo. Era Pedro, uno de los conserjes. Sostenía unas llaves y un manajo de cartas.

—Perdón... Pensé que no había nadie. Como nunca viene por aquí después de clase... ¿Puedo pasar? Vengo a dejarle el



correo. —Elisa murmuró algo, el conserje sonrió, cruzó el umbral y dejó las cartas en el escritorio. Luego se marchó, no sin antes echar un vistazo al periódico abierto y al aspecto de Elisa. A ella no le importó. De hecho, aquella brusca interrupción la había ayudado a sacudirse el terror de encima.

Repentinamente comprendió lo que tenía que hacer.

Cerró el periódico, lo guardó en el bolso, revisó por encima el correo (comunicaciones internas y de otras universidades con las que mantenía contacto, nada que en aquel momento le importara) y salió del despacho.

Ante todo, debía salvar su vida.

